

PC 3941

.B43

E7

ES PROPIEDAD



CAPÍTULO I

ERNESTINA era alta y frágil, de piel blanca, y su cabellera dorada y espléndida, tenía el dulce rubio de la hierba marchita. Sus ojos de bondad, lucían unas niñas transparentes, matizadas de un azul otoñal y de pálidos reflejos ambarinos. Cerraba los labios en una seriedad austera, un poco dolorosa, como si en ellos, propicia á escaparse, anidara una queja, y su hablar, confidencial, claro y lento, predisponía para serle amigo, con una amistad efusiva y casta. Se sentía, mirándola, el deseo de besarla en las manos, largas, finas, con un poco de aquella palidez aristocrática que tienen las manos de los viejos retratos. Al conversar, sonreía amable, é inclinándose, escuchaba

con atención fervorosa. Era entonces cuando suscitaba el deseo de arrancarla de los diálogos banales, para contarle cosas románticas, susurrándole al oído, entre el trenzado de oro, los pequeños secretos inconfesables.

Ernestina vestía hábito, y en el capullo de su pecho, relucía, con el dolor de sus siete espadas, un corazón de plata, piadosa ofrenda de su madre, en horas de tribulación, que en aquella ofrenda mística para nada habían intervenido ni la fé, ni la voluntad de la muchacha.

Ernestina había visto la desgracia desde muchachuela. No había apenas conocido á su padre, un viejo músico tuberculoso, de cierto renombre y del cual había heredado una santa humildad y un sabio discernimiento. De tres hermanas que eran, ella, la segundona, fué la más querida por aquel pobre artista, que veía como crecía enfermucha y dócil. Agotados los ahorros del músico difunto, Ernestina, haciendo fuertes sus doce años, embistió contra la miseria que mordía á las cuatro desvalidas. Halló trabajo de cosedora y ayudó á su madre y á sus hermanas. Tenía toda la recia abnegación de una santa. Pero la viuda no pagaba amor con amor, y sentía por Ernestina un poco de despego. No era de mucho juicio la viuda. Llena siempre de un optimismo majadero, pa-

recia vivir en la abundancia y reía y se expansionaba, decorando sus charlas interminables con gestos ampulosos y rápidos. Toda su vida había sido un ininterrumpido desacierto, y á pesar de ello, tenía fé en su suerte. Cuatro años escuchando la voz cavernosa del marido, de presenciar como aquel cuerpo se convertía poco á poco en esqueleto, de andurrear por las clínicas y escuchar los pronósticos más fatales, no lograron convencerla de lo grave de la enfermedad. Cuando él agonizaba, vistió de negro á Ernestina, aun muy niña, le puso en el pecho la insignia de los Siete Dolores, le ciñó la correa charolada, quedando tranquila y satisfecha de la sutileza suya de escojer á la más amada del moribundo, para cumplir aquel voto, segura como estaba de obligar á la Virgen, pagándola por adelantado. ¿Que no salieron las cuentas tal como ella se las imaginara? ¿Y qué? La excelsa dispensadora de mercedes celestiales, les debía protección. ¿No les arrebató lo que era su sostén? Pues que en la orfandad y viudez las protegiese. Y con esta idea tuvo consuelo, entreteniéndose en soñar grandezas, como antes, como siempre hizo, cimentando sus ilusiones en la hija mayor, de una guapeza fría y correcta, con la carne en un crecimiento sugestivo, muy

apropósito para la alta y salvadora misión que se le pensaba confiar.

Julia pareció darse cuenta de su destino, y enardecida, curó mucho de no ajar su belleza. Era el contento de la casa; solo ella tenía tiempo para el tocado, gastaba perfumes, gozaba de la beatitud del lecho al menor indicio de constipado, y ella tan solo, los domingos, paseaba con las amigas, recogiendo, al pasar, las admiraciones de la mocería.

Era una buena muchacha, en el fondo, de escaso juicio y sin carácter, siempre propicia á creer los optimismos insólitos de su madre. Cuando arreciaba la faena, ayudaba á Ernestina, sin protestar, pero en su trabajo había un adormecimiento, una calma de princesa aburrida. La aguja, en sus dedos, iba y venía, con hostil miramiento, para evitar que los pinchazos en la pulpa rosada de sus dedos, dejaran una piel muerta, áspera y plebeya.

La otra hermana, la pequeñuela, era una criatura amojamada y sencillota, que se encantaba por las calles curioseándolo todo. Se metía por entre los corros de curiosos; narraba minuciosamente todas las contorsiones, muecas y esguinces de los epilépticos que caían en mitad del arroyo; la importancia y extensión de las heridas de los que sufrían un accidente; la visión de los

muertos; el dolor de sus deudos, imitando sus llantos y sus gestos de tragedia. Todo lo insano, lo repugnante y lo dañado, que circula por las ciudades enormes, deteniendo el paso de los transeuntes, ella lo recogía, comentándolo, imitándolo.

Cuando el taller de Ernestina creció, el carácter vagabundo de Mercedes, llegó á ser útil. Grandullona y sumida en embobamiento ingénuo, trotaba de sol á sol, por todas las escaleras y tiendas, comprando hilos y cintajos, terciopelos y requilorios. Y llegaba á casa rendida, ajetreada de ir por los puestos de los ambulantes, por todos los escaparates, por todos los comercios, inventariando, á través de la cristalería, todos los objetos de las pequeñas exposiciones populares. Y alguna vez la parada en las calles era larga. Un incidente interesante, emocionaba, retenía su curiosidad, forzándola á echar el ancla en plena calle. Después, venían los regaños, las escandaleras, pero á ella tales chillones consejos no la inquietaban, y volvía á la calle, curiosona siempre, sin pizca de arrepentimiento.



CAPÍTULO II

A los dieciocho años, Ernestina tenía una buena parroquia. Principió yendo á coser por las casas y con su figurita de santa esbelta y su gesto de muchacha servicial y cariñosa, fué una gentil decoración, cerca del balconcillo, nimbada su cabecita por la luz que los *stores* cernían. Cuando las tardes se acortaban y eran los crepúsculos grises y la lluvia caía fina y romántica, sabía narrar encantadoras nimiedades, y en torno del brasero, hacía sonreír á las señoras, salpicando con idóneas agudeces las caseras murmuraciones. Para los niños, tenía siempre propicios un beso y un cuento de raposas ó de lobos, y los infantes sabían que en sus bolsillos hallaban almendrucos y

que para las pajaritas de papel eran hábiles artífices sus manos. Las señoritas de su edad, obtenían de ella un respeto, que pronto era efusión, si la distancia social se salvaba con la caricia de una afabilidad. Y no era extraño, que al acabar un traje, la clienta, pagase aquellas horas dulces con un beso de hermandad fresca y duradera.



MONTERREY, N. L.

CAPÍTULO III

EN una vieja calle tenía su piso Ernestina, el piso de una casa que no se oreaba más que por un balconcejo, colgado sobre el jardín minúsculo de un rancio palacio, guarida de un notario. Para la modistilla resultaba un consuelo aquel manchón verde, que sitiaban unas paredes negras y unos tejados miserables, moteados de líquen y de matujas floridas. La yedra y las campánulas saltaban del vetusto solar á los hierros del balcón de la modista, y así, hacia el invierno, colgaba de él una guirnalda, y en el verano, daban la floración efímera de su vida, las campanillas azules.

Desde que comenzó á ganar dinero, su familia le había cedido aquella estancia espaciosa y clara, la única que per-

mitía trabajar de sol á sol, de mañana á noche, aprovechando hasta las claridades crepusculosas. En cada estación tenía Ernestina una hora de poesía en aquella cámara consoladora. En las auroras veraniegas, del florido regalo del patizuelo, subía un fresco oloroso, aliento de poesía, y en las noches serenas, al dejar la labor y apagar el quinqué, escuchaba rumores inefables, un suave ruidecillo voluptuoso. La luna, á veces alta y fría, arrancaba del follaje una pálida fosforescencia y en el agua muerta del surtidor se miraba plácidamente. Más tarde, el sol regaba oro, corrían las hojas por el enladrillado, por los rincones, las rosas tardanas ponían manchas de púrpura, y tan solo los naranjos y la yedra que tapizaba las paredes, seguían, tozudos, verdeando. Triunfaba, al fin, el invierno. La modistilla apelaba al braserillo de tufo, pero, aun de vez en vez, en los días serenos, el sol amical, la visitaba. Y ella se le ofrecía, y el sol, en sus mejillas, en su frente, en su nuca humilde y suave, conturbada por un temblorcillo, hacía epitalamios. De aquella estancia y de aquellas horas de adolescencia plácida, vivía en Ernestina un pujante recuerdo, junto con otro más íntimo, saturado de aquel encanto pecaminoso de las primeras aventuras amorosas.

Un jovencillo, con traje de colegial, acostumbraba á pasar unas horas en el patio. Jugaba con un perro de Terranova, cogía flores, naranjas, naranjas incipientes, aún agrias, que lanzándolas al aire, las cortaba con una hábil rapidez de juglar.

Algunos días, cuando arreciaba el bochorno, el estudiante sentábase en el borde de un terraplén, y allí abría sus libros, los abría, nada más; porque sus ojos que no tenían nunca una atención para la prosa, divagaban en una desaplicación abrumadora. Aquella figurilla de adolescente melancólico, que tan decorativa se destacaba en el patio verde, distraía á Ernestina, y mientras tallaba patrones ó enhebraba agujas, miraba furtivamente á su vecino. Este acabó por mirar también, con intrépida insistencia.

Tenía el jovencito, negros los ojos y osados, y en las facciones enjutas y gualdas, se asomaba una precocidad viciosa. Aquel patio debía ser su cárcel. Lo indicaba el desdén que ponía en sus diversiones, y una cierta actitud despreciativa de minúsculo calavera incorregible.

Poquito á poco, la modistilla adquirió la certeza de que el colegial quería interesarla. A la edad de Ernestina, un amorcillo en plena primavera, y á tra-

vés de un jardín romántico, era una grata cosa, y claro, complacida é inquieta, recompensaba con un dulce mirar los éxtasis, un poco cómicos, del galancete. Y esto, fué durando.

Un día, la señora del notario, tuvo necesidad de los servicios de la modistilla y la mandó llamar. Doña Guillermina, era una mujer de muchas relaciones y complacerla daría provecho. Ernestina se convenció á sí misma de que debía ir á la casa de enfrente, y fué á la tarde siguiente. Entró en la casa solariega, emocionada, con el miedo de un encuentro, y la cabecita llena de escenas novelescas. Doña Guillermina, una dama matronaza la acogió afablemente. La modistilla salió sin haber visto al estudiante, pero cerrada la puerta, en el rellano, y bajo la luz de una tulipa esmerilada, estaba *él*, destocado, mirándola con aquellos ojos tan negros y tan descocados, y serio, casi trágico. Y pasó, toda ella temblorosa.



CAPÍTULO IV

EN los siguientes días, supo Ernestina que su apasionado—ella así ya lo nombraba—se llamaba Pepe, y que era hijo único, y por la puerta entreabierta de una habitación cercana, alcanzó á verlo en su despacho, vió como acariciaba á su madre, escuchando como ésta le daba consejos para aplacar la ira paterna que se avivaba con las travesuras y des aplicación del unigénito.

No volvió á toparse con *él* en el rellano, pero el último día, acabado su trabajo, al bajar por última vez la señorial escalinata, lo halló en actitud de espera, y como afligido. Tenía la voz ronca, y como un aire de locura. Ernestina, con turbada de la vaguedad de aquellas

palabras deslabazadas, no recogió más que la petición de una entrevista, y la amenaza, caso de no acceder, de que aquel mozo, irresistiblemente, haría alguna locura.

Sintió miedo. Por las noches, á pesar del bochorno, no abría el balcón de su cuarto, dejando tan solo las contras abiertas, para que él viese la luz, como una promesa de futuras inteligencias. En la inquietud virginal, aquella lámpara tenía para el amor algo de lámpara votiva que ardia igual á una ofrenda en la calma nocherniega.

El trabajo abundaba, y Ernestina, á la luz del quinqué, hilvanaba pensamientos sobre aquella amenaza del amador. Un rumor, aquella imaginaria voz de caracol marino, de las viejas casas, la sobresaltaban, y alguna vez llegaba á registrar la estancia, con un compás de meditación desconfiada en su cabecita de inquieta. Ya sí, en uno de estos paseos, descubrió tras los cristales de las contras entreabiertas, una cara pálida y unos ojazos que la miraban, espantosamente curiosos. Reconoció al momento aquella cara marfilina, y en aquellos ojos, en aquellas niñas que la celaban, vió la intención de la mirada de brasa.

Por el calor, iba ligera de ropa por la casa. Sintió una vergüenza instintiva,

y el pudor, le dió fuerzas. Apagó la luz, y encogida, miedosa, tembló dentro de la obscuridad. Desde aquel día, Ernestina, no volvió á ver al colegial; pero sentía el rubor de lo que aquella mirada furtiva y lúbrica habría podido llevarse del misterio de sus intimidades. Un púdico sobresalto la acometía al dejar caer sus ropas en la alcoba, y cuidaba de ser honesta al desnudarse, temerosa de que por sobrenatural visión él pudiera verla en su desnudez desde detrás de los ventanales cerrados.

De aquella aventura conservó un dulce sobresalto, una especie de orgullo de haber sido celada y una admiración por la hazaña del hijo de Doña Guillermina que, con peligro de vida, semejante á un héroe de leyenda de amor, había subido como la hiedra, desde el patio señorial al balcón de la pobre modistilla.



CAPÍTULO V

Años después, Ernestina había logrado fama de modista. Cesó de ir por las casas; tenía un taller con dos ó tres oficialas y había dejado el piso de la calleja de la vieja ciudad, yéndose á vivir en otro, alto y claro, á la otra parte del río, en un barrio nuevo. Allí, el cuarto de Ernestina, era más ancho, más soleado, pero no tenía para ella el encanto del viejo cuarto amado de la hiedra, y añoraba el jardín romántico y los naranjos y las enredaderas y el surtidor de agua verdinegra, y quien sabe si aquellos dos puntos brillantes de azabache, las dos pupilas del galán acechándola entre las penumbras olorosas y verdes. Un hecho, presenciado en plena calle, contribuyó á hacerle aborrecer la nueva casa.

Volvía un día de cobrar una cuenta. Iba alegre; contaba el dinero en su bolsillo y pensaba en su idea de arreglar un cuarto de prueba, con un gran espejo, una consola con flores y una silla tapizada. Pasaba rozando las casas, aprovechando un flechazo de sol, recogido gentilmente el mantón y el andar suave y firme. En aquella hora del mediodía, por el barrio obrero, no se veía gente. De las tiendas desiertas salía olor de condimentos y rumorillos de cantares caseros. Por los balcones de las viviendas pobres, jugaba la chiquillería. De pronto, Ernestina, sintió sobre su cabeza un grito de terror, y una sombra pasó, vertiginosa, por sus ojos. Inmediatamente, y á un metro escaso de sus piés, sobre la acera, se derrumbaba algo informe, con un ruido pastoso, mate, de cosa que se chafa. Ella no vió más que un montón de trapos, agitados un momento por un temblor agónico; unos rizos de oro que cubrían un rostro con sangre, y alzado, rígido, un bracito y una manecita amarillenta que abría los dedos lentamente, como pétalos de una flor mustia.

Costó mucho retórnar á Ernestina, pero después de su desmayo, le quedó en el corazón aquel frío, aquella descompasada palpitación que sintió al desvanecerse y que un presentimiento

le dijo que sentiría toda la vida. Aquello, no obstante, pasó, y la trágica casualidad momentánea, no hizo más que modelar en la modista un gesto de compasión que llegó á serle habitual; un imperceptible enarcar las cejas, un compungido plegado de los labios, una húmeda dulzura en la mirada y una inclinación á plegar las manos, en una instintiva impetración de misericordia. Y era esto, quizás, lo que le daba aquel baño de ideal, aquella guapeza de imagen. aquel encantamiento de tristeza, contagioso y sugestivo.



CAPÍTULO VI

Un día, notó que alguna cosa desfallecía dentro de ella. Sentía un interno temblor inexplicable, unos golpecillos suaves y ligeros en el corazón, como si la mano del niño destrozado golpease con una blandura pérfida, y seguidamente un dolorcillo más vivo que se intensificaba hasta convertirse en alfilerazos inaguantables que le cortaban la respiración y el juicio. El diagnóstico de un viejuco amigo médico fué impreciso. Seguramente—dijo—no será nada, una neuralgia cardíaca sin importancia.

El alelado optimismo de la madre, supo quitar toda importancia al accidente.

—Sí, muy doloroso—decía—pero lo pasado, pasado.

Para Ernestina, fué, su mal, motivo de cavilaciones y de tristezas. Perdió la alegría. Hasta la presencia de sus oficiales alegres y parlanchinas se le hizo enojosa, y tan solo cuando lograba sustraerse á toda plática y á toda mirada, sentía un vago bienestar. Y en el hilo de aquellas cavilaciones, engarzaba otras sobre su vida y las cosas que en ella se sucedían, cosas sin sentido hasta que el dolor la hizo sabía en descifrarlas. Fué notando que ni su madre, ni sus hermanas, si se aprovechaban de su trabajo, no tenían para ella ni una brizna de piedad, que en nadie hallaba apoyo, de manera que contando con buena parroquia, seguían las penas y seguían los apuros. A su pesar, un juicio severo se formulaba en su alma de mujer discreta, y toda la cabalgata de las alegrías mozas del viejo casón se perdían en la hora cruel de aquella otra casa, donde se cernían agoreros presentimientos y los horizontes tenían una tristeza aplandadora.

Enfrente, una inacabable fila de casas altas y desiguales, de tejados negros y minúsculas azoteas cubiertas, llenas de jaulas y trastos viejos. En el río, exíguo, se reflejaba una monstruosa confusión de balconajes y galerías, con una inoble decoración de retretes y lavaderos, persianas, pendones de esteras y pinga-

jos charros que flotaban al viento con un aleteo pintoresco. Abajo, turbia é infecta, el agua, arrastrando todas las porquerías vecinales, todos los caseros desperdicios, toda la sucia riada de las alcantarillas, y pasando calmosa, cachazuda, como si no tuviera prisa en arrancar aquel fango mal oliente, aquella espuma de podredumbre ciudadana.

De aquel río, se alzaba siempre una niebla sutil y fétida, como un vaho de estercolero, y ascendía á la ciudad y la cubría, extendiéndose hasta las lejanías: las faldas de unos montículos grises y rocosos, un olivar y un viejo fortín, medio en ruínas, que era lo único visible para Ernestina, por encima de toda aquella tentacular visión de chimeneas y piramidales enrejados de claraboyas.

Insensiblemente, cayó Ernestina en manía aflictiva. En su alma había anclado la idea de que allí su vida sería fecunda en episodios trágicos.



CAPÍTULO VII

UN día, lo fué de gozo, en casa de Ernestina. Su hermana mayor, había sido pedida por un modesto amanuense de una casa de banca. El novio era un muchacho bondadoso y sencillo, cogido entre los esplendores de Julia y las solicitudes interesadas de la madre, y ansioso de una efusión familiar que le ofreciese calor de caricias que nunca había gozado. Ellas, deseaban también, ó al menos así lo decían, un hombre que llevase á la casa una protección y una ayuda. La viuda sumó los veinticinco duros del amanuense á los veinticinco que ellas podían ganar, y la suma dorada le produjo un entusiasmo casi epiléptico.

Doña Rosa, la viuda, llevó con diplo-

macia los trámites. Ella no podía nunca separarse de sus hijas, no resistiría el alejamiento de Julia, necesitada como estaba del amor de sus tres hijas, para sobrellevar su gran aflicción de viuda. Serían tres mujeres solas, indefensas, para afrontar las malas artes del mundo. No, no podía ser. Julia tenía que convivir con ellas. El futuro yerno, no opuso resistencia á aquellos proyectos. También sentía ansia de cariño. ¿Por qué, pues, no juntarse bajo un mismo techo, en la fusión de dos amores?

Victor y Julia se casaron por la Virgen de Agosto. De vuelta del viaje de novios, corto y pobre, Víctor, de natural reposado é ingenioso, comenzó á ordenar el pisito de la calle de Santa Clara. Arregló los timbres eléctricos, compró un gasómetro de acetileno, canalizó el gas por toda la casa, y á su cuñada Ernestina, que parecía sentirse celosilla, le recompuso su máquina de coser, que andaba pesadota, y para el quinqué del obrador le hizo una pantalla de papel pintado, amplia y vistosa. Tan dulce, tan bondadoso se mostraba Víctor, que aquellas mujeres hablaban de él como de un ángel bajado del cielo en una hora de oportunidad maravillosa, para poner beatitud en su vida.

La suegra no cabía en sí de orgullo, y en ella, para él, crecían pródigamente

las alabanzas. Fué pregonando por toda la ciudad el marido incomparable, el yerno lleno de amor, el hombre austero y ahorrativo que no fumaba, que aguantaba el vino, y se limpiaba él mismo las botas, y era pulcro, hasta el extremo de hacer innecesarios el jabón, los cepillos y la bencina, en la limpia corrección de su traje y de su persona. ¡Oh, la suerte inesperada, inaudita, la loca suerte de Julia! Y á la narración ponderativa, añadía el poseer señorial educación, ser descendiente de casa acomodada, tener un tío con extensas propiedades en... —el lugar de las propiedades del tío nunca pudo retenerlo bien doña Rosa—y portarse cumplidamente con ella, tanto, que no pasaba saludo mañanero ni despedida de noche, sin besarla en la frente. En fin, lo que decía ella, una suerte loca la de Julia.

Y Julia, á los dos meses, iba decayendo, se velaban sus ojos, aquellos ojos, bellamente fríos, que eran la flor de su guapeza, se le alargaban las facciones, la boca, ensanchándose, tornábase inexpresiva, y á cada dos por tres, sentía náuseas ligeras, breves, que sobresaltaban á Víctor. Se dejaba acariciar, cesó de ser madrugona, caía en un apoltronamiento exagerado, intentando convencer de que á ella le bastaba como á trabajo, procurar que allá, en sus entrañas,

no se interrumpiera la sacra elaboración de aquella vida que crecía á costa de la suya.

Mientras, la madre, entre el cuidadoso trabajo por su hija, yendo continuamente de la cocina al balancín almohadillado de Julia con inagotables tazones de leche ó caldo, y el explicar á las parroquianas de Ernestina, con pintorescos visajes y alegres aspavientos, la promesa fecunda de la muchacha, dejaba que en la casa creciera el desorden lamentablemente.

Al comparecer Víctor á la hora de la comida, un poco pálido, un poco emocionado, inquieto por el estado en que encontraría á Julia, entonces sí, la suegra se agitaba furiosamente, iba, tornaba, reñía á María, acusándola de todas las culpas, y acabando por enviarla á comprar algo que faltaba, olvidado en el tragín mañanero. Merceditas, con su habitual desesperante cazurrería, bajaba las escaleras, se encandilaba, como de costumbre, con cualquier mamarracho ó suceso del arroyo, y volvía á subir, después de su largo embobamiento, contando, plañéndose, haber visto un hombre pidiendo limosna, con las piernas retorcidas hacia el cuello, y otras lástimas parecidas.

Se comía á deshora. Víctor, con el bocado en la boca, tenía que volver á su

despacho, un poco contrariado, con un polvo de tristeza caído en la humildad de su alma de burócrata paciente. A veces, compadecida Ernestina de aquel pobre hombre, que no encontraba á punto las comidas, dejaba sus patrones y agujas, para ir á echar una mano á los guisotes. Pero ella poco podía hacer, entregada á su labor como estaba.

Cuando Ernestina dejaba el taller, las aprendizas cometían locuras de bestezuelas sin domador, y era precisamente la pequeña Mercedes la que daba el ejemplo de las bromas insubstanciales y de las alborotadoras licencias. El obrador se convertía en un minúsculo infierno, donde se bailoteaba con escándalo, se chillaba con ruido que hacía asomar á los vecinos, y en donde, la broma silenciosa resultaba á las veces peor que el bullicioso jaleo, porque las modistillas, enracimadas en el balcón, hacían mofa de los viandantes y señales de coqueteo con los muchachos. Una casa más allá, un puente de hierro del ferrocarril, colgaba sobre el río. Los viajeros, al pasar, recibían un chaparrón de rodetes, de cajas de cartón y pelotas hechas con retazos sobrantes. En la borrachera de aquel deporte, frecuentemente desaparecían manojos de cintas, madejas de seda y pasamanerías caras, con lo cual lograba Ernestina la

doble pérdida del perjuicio de lo desaparecido y del tiempo que en buscas estériles gastaba.

Ernestina acabó por resignarse á todo y huyendo del sufrir continuo, de las rabietas inacabables, no se preocupó de otros asuntos que de los suyos.



CAPÍTULO VIII

Los meses, no pusieron remedio á los males de casa de Ernestina. Se hizo manirrota doña Rosa, confiada en los ingresos y allí era el comprar muebles baratos que al romperse en breve, resultaban caros, el mercar ropa innecesaria para Víctor, dijes para Julia y mil baratijas de señora hecha á brillos falsos y á colores charros, que después deslumbraban á las visitas. Al relumbrón, añadió la vida regalada, que en ella, como buena desordenada, consistía en la abundancia de fritura y platos improvisados ó cocidos deprisa.—¿Tú, qué quieres? ¿Esto?—Tris, tras... Chillaba fuerte la sartén y al avío.

No tardó mucho en advertir que la maravilla aquella de los veinticinco du-

ros del amanuense, sumados á los veinticinco de ellas, no les alcanzaba y que pequeños acreedores comenzaban á reclamar las cuentas hechas, con la frase consagrada de todo pequeño acreedor que llama á la puerta del moroso: «No, no corre prisa; cuando ustedes quieran.»

Víctor que, religiosamente, cada mes entregaba á su suegra el sueldo, le habló de las deudas. No sabía más que de unas botas de Julia que todavía se debían al zapatero, y de una letra vencida de un almacén de novedades, que le fueron á presentar al propio despacho. La suegra, sonrió desaprensiva. Ella no tenía un céntimo, pero ya esperarían. Aquello no debía apurarle, no tenía importancia. Y á la noche, la noche de un domingo, Víctor tuvo la sorpresa agradable de encontrarse con un flan para postre, un flan logrado después de dos infructuosas tentativas que costaron una docena de huevos y dos litros de leche. Un capricho de Julia... El pobre Víctor, arregló otro aparatito de acetileno y en un cuartucho lleno de trastos, á altas horas de la noche, llenaba recibos de contribución ó copiaba escrituras notariales. En el alma de Ernestina también creció la abnegación, y encerrada en su cuarto, encogida de frío, bajo la lucida pantalla de su cuñado, cosía lo más preciso, lo que le corría más prisa, para

adelantar trabajo. En aquellas relaciones, sentía honda tristeza por todos los suyos, por aquella madre que despues de pasar las horas en chillería, y gesticulando, llegaba á la noche, derrengada, muerta, sin haber hecho nada de provecho, y sin tiempo para recoger en una peineta sus greñas de bruja, abrocharse el jubón ó cerrar la cinta de las faldas; por aquellas hermanas, inutilizada la una por la gestación y con aires de gran señora, llena la otra de resabios callejeros, alegrota, insensible á los golpes y á la acción de regaños, súplicas é insultos; por aquel cuñado, ingenioso, zalamero, enamorado, que todavía sabía tener elogios para todas, que se inmiscuía en las faenas femeniles, apiadado de aquellas mujeres que no habían podido, en todo el santo día, barrer la casa, hacer las camas, y tener á hora las comidas.

A media noche, y en el comedor, antes de irse cada uno á su cuarto, Víctor y Ernestina se veían un momento.

—¿Te hallas bien?

—Sí, ¿y tú?

—No debes trabajar tanto.

—Sí, ¿qué haríamos sino?

—Es verdad ¿qué haríamos?

Se despedían con una mirada larga, seria, de caricia mútua, como dos viandantes que se topasen en la ruta dura y penosa.



CAPÍTULO IX

PARA mayo, libró Julia. Con el bateo entró en la casa la alegría, acometiendo hasta á Ernestina, la más reacia en los contentos, á quien su sobrinillo llenaba de gozo. La otra, Merceditas, siempre quería estar con el chiquillo, y se extasiaba hallándolo tan divertido y besucón, con aquellas muecas y aquellos gestos de animal troglodita. ¡Y qué gana tenía el picaroncillo! Era imposible arrancarla de junto al pequeñuelo, y necesario vigilar aquellas caricias suyas tan efusivas y estruendosas, que amenazaban aquella carne recién hecha, que ella trataba como á una muñeca de cartón.

Víctor, pasado el susto del parto, quedó como alelado. Salía, entraba, daba

paseos por la alcoba. La palidez de su mujer le inquietaba, las muecas del hijo se le aparecían como señales de dolor, y no eran para tranquilizarle, ni el irónico reír de la suegra, ni sus amplias gesticulaciones optimistas.

Sentía, entre la íntima y profunda satisfacción por aquella vida frágil, por aquel ser tan tierno y suave, de consistencia gelatinosa, un gran temor, como si al contacto del aire pudiera petrificarse ó deshacerse al calorcillo de la cama matrimonial.

El amanuense recibía muchas visitas de enhorabuena. Su genio bonachón y cumplimentero, atraía á la gente, y él, desorientado, caviloso aun, no atinaba á actuar de padre, y con una frialdad casi idiota, hacía los cumplidos habituales. Por fortuna, allí estaba doña Rosa, solícita y orgullosa de aquellas inesperadas relaciones con personas de fuste, á las cuales trataba con una exagerada finura, abrumándolas con su desatada palabrería, que ella misma excusaba, así como su accionar hiperbólico.

En tales ocasiones, adoptaba la apostura elegante de una primera dama, inmovilizando los brazos, cruzándolos bajo el seno recio que á intervalos agitaba, como queriéndolo retener en la prudencia de unos naturales límites. A las parroquianas de Ernestina, después

de abrumarlas con finuras, las pasaba á la alcoba de Julia, á enseñarles también, aquel nieto suyo, fuerte como un torillo y picaruelo como un granuja de playa.

—¡Ah, capigorrón!—y olvidándose de su papel, se entregaba á un delirio de besos, carantoñas y visajes, narrando una vez más la hora dolorosa, las angustias del yerno tímido, el coraje de Julia, el inocente contento de Mercedes y la reserva juiciosa y prudente de Ernestina.

Durante nueve días, en aquella casa ni se puso la mesa nunca, ni se comió otra cosa que fiambres ó platos recalentados, ingerido todo deprisa y en pie. El bautizo fué una maravilla de rumbo y de festejos. Treinta chicas emparejadas pasearon por la ciudad, como una blanca bandada de palomas. Para orgullo de la abuela, todas eran de buenas familias, y la abuela, madrina según costumbre, llevó el bautizo con ruidosa majeza.

Entre aquella chillería de los pequeños convidados, en el bullicio del refresco, volvió á sentir Ernestina los síntomas de su mal. Se retiró sin que nadie advirtiera, y solo más tarde, acabada la escandalera de la chiquillería, cuando no quedaban más que unas cuantas señoras acompañando á Julia,

32999

UNIVERSIDAD DE GUAYMAS
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

escuchó Víctor en la alcoba de su cuñada unos alaridos sofocados, y como no había presenciado nunca aquellos ataques, corrió desolado en busca de doña Rosa. La halló en la sala, despidiendo radiante á las visitas. Pero la noticia no produjo la sensación que el pobre escribiente se figuraba. Su suegra meneó la cabeza, como si un ligero asunto inoportuno interrumpiera bruscamente aquella bendición de cumplidos inacabables y de enhorabuenas efusivas. Dijo unas sentenciosas palabras, dió la mano á las visitantes, y después de una retahila de «perdonen ustedes», «perdonen ustedes», entró seguida de Víctor á la alcoba de la dolorosa.

El pobre escribiente nunca había visto sufrir de aquella manera. Su cuñada, con la cara de imagen espantosamente demacrada, las manos apretadas al costado izquierdo, batía con la cabeza la cabecera del lecho de hierro, contorsionándose como una endemoniada. Se ahogaba, y sus ojos tan mansos y dulces se abrían espantosos, como los de una mascarilla trágica. A Víctor le acometió un enternecimiento profundo y un gran deseo de llorar. La conmiseración adueñóse de él, y toda su alma sentimental se resolvió en dos palabras llenas de una sublime sencillez: ¡Pobre Ernestina!...

Se encontró conque no podía sujetarla, con que no sabía como arreglarse para evitar que se abriera la cabeza contra la pared ó las guarniciones de la cabecera. La cogió por las muñecas, pero era tanta la fuerza nerviosa de Ernestina, que parecía que sus bracitos iban á romperse como cañas. Dejó las muñecas y la abrazó suavemente, con un respeto desconocido y un consuelo que le entró pecho adentro, confortador, espiritual, creyendo que con el abrazo, compartiría el dolor de la vírgen, disminuyéndolo.

Doña Rosa, que había asegurado que aquello sí, era doloroso, pero sin transcendencia alguna, comenzó á perder su triunfal optimismo. Los calmantes de costumbre, no conseguían ningún alivio. El médico dijo que aquella vez, ó por las emociones recibidas ó por una mayor debilidad de la muchacha, había un relativo peligro que era preciso combatir. Y recetó morfina.

El viejo doctor dirigió á Víctor todos los consejos, todas las advertencias, enseñándole á dar las inyecciones, detallándolo todo para asegurar el éxito. El escribiente agradeció aquella deferencia, y pensó que el doctor obraba sabiamente, desconfiando de los otros, y que él y ningún otro debía velar á Ernestina.

Y la veló devotamente, con todos los fervores, sin dejarla más que unos momentos para ir á ver á su mujer y á su hijito. Escuchaba su respiración acompasada, besaba las mejillas rollizas del niño y la frente serenamente tersa de ella, y volvía otra vez al lado de la enferma.

Allí, derecho, atento, los ojos escrutadores y el espíritu inquieto, sentía pasar por encima de la ciudad silenciosa el redoble de las campanadas de las horas, mientras Ernestina, adormecida por el narcótico, continuaba con su gemido isócrono.



CAPÍTULO X

EL cuñado de Ernestina, era uno de esos seres llenos de una suave dulzura y como venidos á la vida ya resignados á sufrir todas las desventuras, sacrificios y mandanzas, pero guardando bajo su linfatismo una milagrosa resistencia, un formidable aguante, para marchar á través de las grandes luchas y de los enormes dolores, sin repugnancias ni angustias: héroes del anonimado, mártires silenciosos, consoladoras vidas que como siluetas imprecisas, pasan por los dramas de la humanidad, sin un gesto trágico, ni un grito épico, ni una blasfemia, nulas, insignificantes, lastimosas siempre.

Al tercer día de velación, Víctor podía competir con el más trazado practi-

cante de medicina. Pero no comía, ni dormía, y ocupaba cada día su taburete oficinesco, y curaba á Ernestina, y después de estos largos trabajos, todavía bajo la espita del acetileno llenaba los talonarios contributivos, como una máquina que ni necesidad tenía de grasa lubricadora, para ir marchando sin retrasos ni estridencias. Cuando solo, en el misterio de la noche, cogía los brazos de Ernestina que se escurrían, tibios, entre sus manos de piedad y la aguja sutil inyectora, perforaba la piel sedaña, y los ojos de la enferma se posaban en los suyos, llenos de alma agradecida, y sonreía la boca de la Mater Dolorosa, después del pinchazo incruento, Víctor, el buen Víctor, se sentía como ungido y transfigurado por un don excelso. En el orgullo de su misericordia, él se sentía más digno y alto que persona nacida lo fuera, él, el vulgar é invisible amanuense, colocado allí, en la alcoba destartelada de una modista enferma.



CAPÍTULO XI

EL bautismo rumboso y las medicinas de Ernestina, habían producido un gran aumento de gastos. Crecían las deudas vergonzosamente, y Víctor, por ello, se apenaba. Intentaron cortar aquella bancarrota, pero cuando ya no quedaban más que unas pocas cuentas dispersas, para pagar nuevas necesidades interrumpieron aquella noble labor económica. El niño —un niño con un nombre pomposo, regalo de la abuela— tenía necesidad de botitas blancas, con cordoncitos y borlas, faltándole, además, baberos con iniciales bordadas, vestiditos de piqué, pomposos y con muchas puntas, collares de plata, con la consabida rodaja de marfil para los dientes incipientes que

ya salían atormentando, sombreros de castor. Julia, envejecida y esponjada, á cada consulta sobre una prenda á escoger tenía una mueca displicente, si no era como las prendas que gastaban los hijos de las señoras amigas suyas, hijos que, naturalmente, no eran ni tan garbosos, ni tan guapos como su Adolfo, que, lo decía todo el mundo, era su propia estampa.

Y allí estaba la abuela, abriendo con ponderada majestad los brazos, para ratificar lo que las gentes decían.

—Sí, hija, sí, y que lo digas. Pues ya lo creo...

La abuela decidía en la compra de las prendas, después de descubrir que entre el precio de lo lujoso y de lo ordinario, apenas si había diferencia.

Víctor comenzó á ganar más. Le su- bieron cinco duros más el sueldo, y con aquellos cinco duros, la madrina hizo prodigios. Se propuso hasta tomar una niñera que supiese llevar, graciosa, el delantal blanco de grandes lazos. Y el tomar la niñera, resultó de apremiante necesidad. Adolfin estaba pálido, necesitaba sol y aire para crecer fuerte. El médico lo había dicho, y en diciéndolo el médico, ya no hubo reparo posible y sí niñera con delantal lucido, una niñera jovencita, picaresca, de encendida cara, que fué encanto de paseos.

Julia se pasaba una larga hora de la mañana, vistiendo al niño, trenzando á la niñera, y eran siempre las doce cercanas cuando, previo un beso musical en la carita del nene, los despedía en el rellano de la escalera. Los miraba bajar, corría después al balcón, donde ya estaba doña Rosa, y tales aspavientos hacían, tan exageradas muestras de entusiasmo lanzaban, que Ernestina y sus oficiales, salían á juntárseles.

—¡Qué mono!

—¡Qué rico!

—¡Qué listol!

—¡Ahora nos mira, ahora nos miral!

En aquel tercer piso, se alzaba al pequeño un coro de alabanzas, de vítores, de alusiones, y de él salían besos y las manos daban adioses llenos de amor, y á tal ruido llegaba el bullicio, que los transeuntes se detenían, altas las cabezas, dedicando inmediatamente una admiración á aquel racimo femenino, donde los pechos tiernos resaltaban en tentación. A la vuelta, cuando la niñera contaba con su charla pintoresca, las miradas de admiración que había recogido por calles y plazas, y el chistoso y amable paso de una señora que acarició al chiquillo, creyéndolo hijo de otra señorona, era de ver como todas aquellas mujeres reían llenas de gozo como bienaventuradas, incluso la propia Ernesti-

na, sintiendo el júbilo de una íntima vanidad.

Aquello era el ideal conseguido, la paga de tanto sacrificio, el alegre y señoril epílogo á tristezas y necesidades inacabables. Hasta el pobre Víctor se contagiaba de gozo, poniendo el orgullo paternal un velo de rosa sobre sus ojos. Pero no dejaba su puesto de honor. Bajo la espita de acetileno se alzaba fuerte su energía, alargando hasta horas inverosímiles aquellas vigiliás en el bohardillón; á tal extremo, que no era á media noche cuando se encontraba en el comedor con Ernestina, sino á la madrugada, cuando el canto de los gallos alborotaba la ciudad y los silbatos de las fábricas comenzaban á llamar á los obreros.

En horas tales, Ernestina y Víctor, partíanse un jarro de leche en dulce camaradería, se miraban con aquel afecto compasivo que les animaba y se despedían con una palabra breve, única, suavemente dicha.



CAPITULO XII

EN lo más fuerte del invierno el trabajo comenzó á hacerse penoso. Se congelaba el agua de las orillas del río y cubríanse los tejados de una capa de escarcha. Un sutil aire de tramontana, pasaba por entre las junturas de los balcones forzándoles á tiritar y encogiéndoles los miembros. Además, el tufo del brasero, dañaba á Ernestina, delicada como estaba. No tuvieron más remedio que comprar y quemar leña, unos pequeños haces baratos que vendían, cogidos del bosque, unas labradoras. En la pequeña chimenea del comedor, la llama de la leña, congregó á la casa. Ernestina confesó lo providencial de aquellos leños, sin los cuales no hubiera podido continuar

el trabajo ni un día más en aquel cuarto suyo, donde le asaltaban, en las horas de soledad y de frío, tristezas y visiones sombrías.

¡Qué angustiante, qué largo de suplicios el invierno para los pobres, con sus días sin sol, con sus noches incabables, con sus ventoleras que ululan y baten las puertas, y sus heladas que estancan la sangre dulcemente!

La labor de Ernestina no le oprimía la imaginación y de vez en cuando hablaba con Víctor, y éste, que la escuchaba entre el rasguear de la pluma y el chisporroteo de la llamarada, sentía como aquella voz lenta, un poco desfallecida, que decía cosas razonables y entristecidas, le hacía donación de un extraño ardimiento. Como escribía de espaldas al hogar, no veía á su cuñada, pero á veces, seducido por el encanto musical de aquella palabra, paraba la escritura, se acercaba al fuego y sonreía, mirando el rostro poéticamente lacio de ella, y esta, entonces, suspendía también la labor y le miraba, y por un momento parecía que iban á confesarse, á cambiar sus inquietudes y sus afectos, pero volvían á desviarse los ojos, y ellos á su trabajo, un poco confusos. Ni uno ni otro dejaron escapar nunca una queja, ni reprocharon la vida desordenada y ansiosa de aquellas mu-

eres que en aquella hora gozaban del reposo bienaventurado, tras la holganza y la presunción del día. Parecía como que aquellas horas eran, para los dos cuñados, de felicidad, y que las veladas del uno junto al otro, les eran gratas por el aislamiento que les regalaba.

Se sentían hermanados por el sacrificio que todos ignoraban, y en la idea de deberse gratitud y prestarse ayuda, hallaban coraje. Así fué como entre los dos nació una emulación sentimental. En ellos se hacía conciencia que el más sufrido sería el más heroico. Y procuraron no desmayar, cada uno de por sí, ocultando toda laxitud y aflicción, no fuera caso que el compañero decayese, contentándose como á premio, con una sonrisa, con media palabra, con un gesto, con algo de aquello que interrumpiendo una timidez, esboza una caricia.